

UNA TÉCNICA DEL YO CUESTIONADA: LA PREGUNTA POR LA SUBJETIVIDAD EN LA PSICOLOGÍA CONTEMPORÁNEA

Questioning the self technique: the question of subjectivity in contemporary philosophy

Recibido: 14 de marzo de 2015/ Aprobado: 20 de abril de 2015

*Ricardo Andrade Rodríguez**

Resumen

Este artículo presenta el producto preliminar de la reflexión en torno a una de las categorías emergentes en la revisión documental para avanzar en el proceso de Investigación Doctoral para aspirar al título de PhD. en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Presenta un interrogante por el lugar de la subjetividad en el fundamento disciplinar de la psicología, tal como se la concibe contemporáneamente. Dentro de sus conclusiones se propone que esta disciplina puede pensarse alternativamente a su usual denominación de ciencia y cuestionarse en tanto *Tecnología del yo*, así como en la necesidad de interrogar por la noción de sujeto que está en la base de su concepto de enfermedad mental. Finalmente, se propone la pertinencia de la exploración de la obra de Michel Foucault para abordar este interrogante.

Palabras clave

Psicología, tecnología del yo, modernidad, contemporaneidad, postmodernidad.

Forma de citar este artículo en APA:

Andrade Rodríguez, R. (2015). Una técnica del yo cuestionada: la pregunta por la subjetividad en la Psicología contemporánea. *Revista Perseitas*, 3 (2), pp. 234-251

* Magíster en lingüística de la Universidad de Antioquia. Docente de la Universidad De San Buenaventura, Medellín, Colombia, correo: ricarandra1@gmail.com

Abstract

This article presents the preliminary product of a reflection on the emerging categories in a literary review part of a doctoral dissertation at Universidad Pontificia Bolivariana in Medellín. There is the question of the place of subjectivity in the disciplinary fundamentals in psychology, as it is conceived today. As part of the conclusions there is a proposal that this discipline can be perceived from an alternative perspective as a common denomination of science and the need to question the self technique, as well as the need to question the notion of a subject that is at the base of the mental illness. Finally, there is the relevance to question this topic based on the work of Michel Foucault.

Keywords

Psychology, self technique, modernity, contemporaneity, postmodernity

Introducción

En un texto denominado *La psicología de 1850 a 1950* (1957) Foucault señalaba que la psicología, tal como se concibe a partir del siglo XIX, heredó de la Ilustración el anhelo desmesurado por constituirse como ciencia natural. Pretenderá encontrar en el hombre la prolongación de las leyes de la naturaleza, de la explicación factorial y cuantitativa a los fenómenos en torno al psiquismo humano.

Desde esta perspectiva, Foucault afirma que la historia de la psicología, hasta mediados del siglo XX es la historia de la paradoja existente entre el proyecto de transformación en ciencia natural y la necesidad de renunciar a postulados que estarían en su origen como parte de la filosofía, en la pregunta histórica por el alma. Pero, además, la paradoja se extiende; el afán de acomodarse, no sin dificultades, a este paradigma, la llevó sin remedio a tener que reconocer en la realidad del hombre una serie de fenómenos de diferente talante a la objetividad presente en la naturaleza y, en consecuencia, a utilizar métodos diversos al promovido por estas ciencias. Para Foucault, esta situación llevó a la psicología a la necesidad de imponerse a sí misma un estilo nuevo a partir de la segunda mitad del siglo XX. Foucault plantea esta situación del siguiente modo:

Debió buscarse nuevos principios y develar para sí misma un nuevo proyecto: doble tarea que los psicólogos no siempre han comprendido con rigor; y que intentaron muy a menudo completar con muy poco. Unos, aun comprendiendo la exigencia de proyectos nuevos, permanecieron atados a los antiguos principios del método: de eso dan cuenta los psicólogos que intentaron analizar la conducta, pero que utilizaron para hacerlo los métodos de las ciencias de la naturaleza. Otros no comprendieron que la renovación de los métodos implicaba la actualización de los nuevos temas de análisis: de allí las psicologías descriptivas que permanecieron ligadas a viejos conceptos. La renovación radical de la psicología como ciencia del hombre no es, por lo tanto, sólo un hecho histórico cuyo desarrollo pueda situarse en los últimos cien años; es aún una tarea incompleta que queda por cumplir y, en ese sentido, permanece a la orden del día (Foucault, 1957, párr. 3).

Esta referencia deja algunas líneas de trabajo que empiezan a trazar un problema de investigación. Por supuesto, hasta este punto del planteamiento parece una cuestión de la psicología; espero mostrar que, en principio, puede dibujar una pregunta filosófica.

La propuesta de Foucault es que la psicología, en el momento de la construcción de este texto, no había realizado la doble tarea que implica la renovación de los principios y de su proyecto. Tal como él lo concibe, ha habido dos falencias en los tímidos intentos de los psicólogos por hacer algo con la paradoja mencionada anteriormente: se han mantenido en un uso poco razonado del método natural y se han aferrado con terquedad a los viejos principios. Doble nudo que impediría la formulación de un proyecto psicológico con claridad metodológica y epistemológica.

Pero, yendo un poco más allá, el problema sufre un nuevo viraje: pese a esa falencia en el corazón mismo de la constitución de la disciplina, la psicología inició una serie de relaciones con la educación, la medicina, los grupos y las organizaciones; en las que se propuso a sí misma como un fundamento racional de incuestionable talante científico para sus prácticas. La psicología evolutiva se ubicó en la base de las intervenciones en el fracaso escolar, la psicopatología se posicionó como una reflexión sobre las prácticas de la psiquiatría, la psicología de las organizaciones se propuso como alternativa para tramitar la inserción del hombre a su vida laboral. Foucault muestra que la relación estrecha con este horizonte de la praxis le ofreció a esta paradójica disciplina un estatus aceptado semejante al de las ciencias de la naturaleza. Esta condición lleva a una situación particular: el nacimiento de la psicología una lógica en la que es una respuesta científica y práctica a las desavenencias de la vida del hombre: “la psicología del desarrollo nació como una reflexión sobre la detención del desarrollo; la psicología de la adaptación como un análisis de los fenómenos de inadaptación; las de la memoria, de la conciencia, del sentimiento aparecieron como psicologías del olvido, del inconsciente y de las perturbaciones afectivas” (Foucault, 1957, párr. 4).

Foucault está convencido de que no es necesario forzar el argumento para señalar que la psicología es, en su origen, un análisis de lo anormal, de las patologías, de los conflictos. Sólo con el tiempo empezó su transformación en una psicología de lo normal, de la adaptación. El autor enfatiza en que esa última constitución es secundaria, es simplemente un esfuerzo por dominar esa contradicción.

Puede decirse, entonces, que el concepto fundamental que subyace a esta disciplina que, tal como ya se ha mencionado, pretende en la actualidad ser científica, es el de *anormalidad mental*. Existiría un modelo, un ideal de constitución mental, un prototipo que constituiría la base para entender las desviaciones que caracterizan al enfermo; de igual forma que cuando se habla de enfermo en medicina es el sano el que se opone en la antinomia.

Por supuesto, puede hablarse de una evolución histórica del concepto de desviado mental. En la antigüedad, por ejemplo, los responsables de causar tal situación eran entidades externas: demonios, espíritus e incluso el influjo lunar (Durand & Barlow, 2001, p. 2001). En la actualidad, con el fin de explicar el origen de estas desviaciones se tienen en cuenta dimensiones biológicas, psicológicas, emocionales, sociales y del desarrollo. Para el aspecto biológico, son fundamentales los factores genéticos y neurológicos. En lo psicológico, se tienen en cuenta las determinantes de la conducta y de la cognición (indefensión aprendida, aprendizaje social, procesos inconscientes-entendidos de modo diverso al propuesto por Freud-). El aspecto emocional, por su parte, hace referencia al componente afectivo de la conducta: ira, miedo, angustia, entre otros. Finalmente, las influencias sociales se relacionan con las determinantes que las relaciones con los otros y con la cultura del entorno tienen en la conducta y, por supuesto, en los estados mentales (Durand & Barlow, 2001, p. 32).

Sin embargo, hay un aspecto que puede proponerse como fundamental en toda esta consideración, el de malestar subjetivamente percibido. Es decir, si bien hay una parte de los llamados enfermos mentales que no se percata de su desviación, como es el caso de algunos psicóticos y de los llamados antisociales, hay una cantidad importante para quienes el sufrimiento subjetivo es fundamental. Cuando se trata de “desviaciones” que no rompen francamente con

el lazo social -a diferencia de las mencionadas- ese criterio es básico para que se haga una declaración de enfermedad mental. Al respecto, Trull & Phares (2003, p. 116) proponen que normalmente se han propuesto en la psicología clínica tres aspectos a tener en cuenta para definir el comportamiento anormal: “1) conformidad con las normas, 2) la experiencia de una aflicción subjetiva y 3) discapacidad o disfunción”.

El problema con tener en cuenta el segundo de estos elementos es que hay numerosos casos en los que no hay una coordinación entre este y los otros dos elementos: “No todos los que consideramos “trastornados” reportan aflicción subjetiva. Por ejemplo, los clínicos a veces encuentran individuos que pueden tener poco contacto con la realidad que manifiestan tranquilidad interna. No obstante, estos individuos son institucionalizados” (Trull & Phares, 2003, p. 123).

Esta situación pone en escena una discusión que supera por mucho el objetivo de esta reflexión, pues implica cuestionamientos serios a la ética y a la bioética: ¿cuál es el límite en el que un sujeto deja de estar capacitado para tomar decisiones tan serias como la de institucionalizarse? En el mismo sentido, si las personas del entorno están preocupadas o insatisfechas con el comportamiento de una persona, pero él no siente aflicción alguna por ello y, además, sus comportamientos no implican un riesgo para la integridad vital propia y de los otros, ¿está enfermo?

Es probable que justamente por las paradojas que implica esta dimensión del comportamiento anormal tenga poca presencia en la reflexión psicológica clínica, al menos en la que domina el ámbito más aceptado a nivel institucional. Pero, acaso sea uno de los escenarios privilegiados para comprender los avatares contemporáneos en los que se puede comprender el concepto y sus manifestaciones. Por ello, será el vector de la reflexión que se seguirá desarrollando a lo largo del presente y de la investigación de la cual es fundamento.

Un posible punto de partida: La conciencia

Desde la pregunta socrática por la virtud y el alma (Platón, trad. 2000), en la que la subjetividad es el mismo centro del bien e importa más que el cuerpo; pasando por la intimidad como asunto en las confesiones agustinianas (Agustín, trad. 2000), en la que un hombre interior, un espíritu, puede revisar con “sus ojos” los amplios palacios de la memoria en los que ese yo agencia el saber del hombre; el yo cartesiano, que es una cosa que piensa, un espíritu transparente a sí mismo (Descartes, 1977); hasta el yo vital y caótico de Nietzsche (Nietzsche, 2000); la pregunta por el modo en el que el hombre conocía el objeto se mezclaba con una cuestión que apuntaba al estatus subjetivo del ser humano. Los movimientos mostrados por Foucault en la psicología han borrado la subjetividad del horizonte de pensamiento de la psicología y, en general, de las denominadas ciencias “Psi”.

La subjetividad humana, la identidad subjetiva, el sujeto, el *self* han sido conceptos que se han ido diluyendo, pues tienen en su estatuto epistémico un dejo metafísico con el que la ciencia, entendida en su mirada ortodoxa, no sabe qué hacer. La subjetividad se disuelve en categorías que la simplifican y la eluden, como si el no abordaje de una cuestión asegurara su ausencia como preocupación académica. La cognición, la adaptación, la personalidad y, por supuesto, la anormalidad, son urdimbres conceptuales que intentan objetivar o desplazar un fundamento histórico y filosófico de la psicología, y esto es tan grave como si la materia o la energía hubieran sido eliminadas de la física, o la sustancia de la química.

Sin embargo, incluso dentro de los bastiones que muy pocos psicólogos llamarían poco científicos, el hecho subjetivo, el aspecto inminentemente personal de la experiencia vital humana, es una pregunta importante. Como ejemplo de ello Pinker (2007) propone pensar sobre un caso interesante. Una joven sobrevivió a un accidente de tránsito. Pero algunas partes de su cerebro sufrieron daños irreversibles; quedó en un estado que algunos osan llamar “vegetativo”. Pasados cinco meses, le fue posible abrir los ojos, sin embargo, no respondía a estímulos visuales, ni táctiles, ni auditivos. Lo llamativo del caso es que al hacerle una resonancia magnética descubrieron que, por ejemplo,

cuando le pronunciaban frases, las partes de su cerebro implicadas en el lenguaje se activaban; si se le pedía que imaginara que caminaba por su casa, las partes de su cerebro implicadas en la orientación espacial mostraban el mismo comportamiento. Luego de enterarse de esta situación, saltan preguntas por el estado mental de esta mujer. ¿Escucha lo que le proponen imaginar? ¿Se encuentra en un estado de “vacío” del que sólo sale para escuchar a sus familiares? ¿Sigue siendo ella misma? Para las neurociencias, este es un tema que tiene que ver con la conciencia. Al respecto Pinker, (2007) dice:

La noticia de este singular caso (...) fue sólo el impacto más reciente de un nuevo y estimulante campo de estudio, la ciencia de la conciencia. Preguntas antes relegadas a la especulación teológica y a tertulias estudiantiles de medianoche están ahora en el primer plano de la neurociencia cognitiva. En algunas cuestiones se ha alcanzado cierto consenso. En otras, el desconcierto es tan grande que quizá nunca lleguen a resolverse. Algunas de nuestras convicciones más profundas acerca de lo que significa ser humano han empezado a tambalearse.

Pinker, psicólogo experimental que enseña en el Harvard College, nos deja un tópico interesante. Por supuesto, partiendo de la premisa de que es el funcionamiento cerebral en donde tiene soporte el complejo proceso que denominamos conciencia, no puede decirse, sin embargo, que la reflexión en torno a ella se agote por completo en el funcionamiento cerebral; y es que, tal cual el mismo Pinker lo dice, casos como este hacen que se tambaleen las más profundas creencias sobre la definición de lo humano.

Cuando se habla de conciencia se suele hacer referencia a aquellos contenidos mentales de los cuales podemos darnos cuenta; un estado mental asociado a la vigilia y a estar enterados de nosotros mismos. Sin embargo, la relación conciencia-cerebro, así como el funcionamiento de este proceso viene ocupando desde hace algún tiempo las investigaciones neurocientíficas. Y ese interés en la conciencia está determinado, justamente, porque, de algún modo, su explicación ha constituido un problema cuyo talante se ha descuidado.

Tirapu-Ustárrroz, Muñoz-Céspedes & Pelegrín-Valero (2002) plantean a este respecto que el tema de la conciencia normalmente se ha abordado por la filosofía y la psicología, pero escasamente se ha logrado pasar de una descripción basada en el sentido común. Su comentario no deja de expresar una

sensación de lamentable falta de rigor científico en tan poco objetivas aproximaciones, pero, deja entrever un espacio, un agujero por el cual, al parecer, es la filosofía la llamada a penetrar. Cuando definen conciencia, afirman: que conceptos como vigilia, sensación, percepción, atención, memoria, conocimiento, motivación entre otros, tejen una hurdimbre cuyo producto es la conciencia” (Tirapu-Ustárrroz, Muñoz-Céspedes & Pelegrín-Valero, 2003). La conciencia sería, desde esta perspectiva, el trasfondo sobre el cual acaece este conjunto de procesos psicológicos.

Para estos autores, este conjunto de conceptos es muy amplio para ser relacionado con la definición de una única realidad; se preguntan si no sería más adecuado hablar de “conciencias”. Estar conciente se refiere a un estado de vigilia; estado que “se apaga” durante el sueño. Sin embargo, una vez uno está despierto, no sólo recupera la atención, la senso-percepción, la memoria, la capacidad de planeación de los actos propios; también recupera una capacidad de percibirse a sí mismo como una subjetividad. Seguramente, es este último concepto el que más complicaciones ha traído para el estudio “científico” de la conciencia.

En torno al sujeto

La noción de sujeto, controvertida como es, altamente compleja, es utilizada a menudo. De hecho “subjetivo” es un término que se utiliza con regularidad, indicando que lo que se dice es poco confiable. Morin, (1994) afirma que, por ejemplo, a partir de la conceptualización de la ciencia clásica, la subjetividad aparece como una contingencia que genera errores. Concretamente, frente a la noción de sujeto, este autor afirma que, desde una postura metafísica, el sujeto suele confundirse con el alma, con cierta divinidad en nosotros o con aquello superior que contenemos; en el sujeto radica el juicio, la libertad, la voluntad, entre otros. Para Morin, desde este punto de vista, el sujeto se disuelve.

En ese sentido, podría decirse que sujeto o subjetividad suele asociarse con aquello en lo que somos más nosotros mismos, aquello más auténtico o aquello en lo que radicaría lo más propio o característico. Morin, por ejemplo,

utiliza una analogía bíblica. Cuando Dios se le presenta a Moisés y es interrogado por quién es, su respuesta es “yo soy el que soy”. Morin dice, a ese respecto, que Dios es la subjetividad absoluta.

Para Foucault pueden darse dos definiciones de *sujeto*: “sujeto a otro por control o dependencia y sujeto como constreñido a su propia identidad, a la conciencia y a su propio autoconocimiento. Ambos significados sugieren una forma de poder que sojuzga y constituye el sujeto” (Foucault, 1983, p. 7).

Por ejemplo, la modernidad constituyó un tipo de sujeto. Un individuo que se hace sujeto de sí mismo a través de la autorregulación y la autodisciplina. Por supuesto un sujeto que es convertido en parte de la sociedad en los resortes particulares de la civilización cuyos fundamentos se terminaron de solidificar en el siglo XVIII.

Al respecto, Schneewind plantea:

Fue desde aproximadamente finales del siglo XVIII cuando se tomó conciencia del esfuerzo por crear una teoría de la moralidad como autogobierno (...) Las filosofías morales de Reid, Bentham y Kant constituyen las tentativas dieciochescas definitivas para articular la creencia normativa sobre la dignidad y valía del individuo que desembocaron en las concepciones de moralidad como autogobierno (2009, p. 26).

Una relación de oposición directa se establece, entonces, entre el enfermo mental y la moralidad moderna. El enfermo mental ha extraviado en mayor o menor medida los valores más caros de la sociedad de la razón y de la autonomía. El concepto de enfermedad es un hijo del mundo maquinal y matemático trazado por el esfuerzo científicista de los modernos y de empuje racionalista de los ilustrados.

De lo que se trata es de la incursión del modelo de las prácticas psicológicas como una respuesta paradójica a las desviaciones posibles del hombre moderno. En última instancia, como un modo de refuerzo del modelo de sujeción que habría imperado a partir del nacimiento del estado moderno.

Esto genera tres consecuencias. La primera, que en el fundamento de la construcción conceptual del individuo psicológico puede ubicarse el sujeto de la modernidad. La segunda, que en todos los frentes teóricos y prácticos de la psicología de nuestros días, así como en todos los campos disciplinares con los que se tiene relación, es la configuración moderna del hombre la que se mantiene como horizonte de comprensión de lo normal: la psicología mantiene, en el centro mismo de su relevancia en nuestros días, en los ensalmos televisivos con los que algunos de ellos recetan recomendaciones, en las técnicas de curación de los trastornos mentales, en las campañas masivas de promoción y prevención, una promulgación de corte científicista de los estandartes más clásicos a los que se sujetará el hombre en la modernidad. La tercera, que la psicología elimine la subjetividad del centro de sus preocupaciones y ubique en ellas el hombre industrializado, se dedique a solucionar los desencuentros entre el sujeto y el mundo industrializado en el que encontró un lugar privilegiado.

Pero, Foucault no solamente permite cuestionar el estatuto científico y los fundamentos de la praxis psicológica. Ya ha demostrado que la psicología es una técnica mediante la cual terminamos anclados a un modo determinado de subjetividad. Además, en el centro mismo del discurso psicológico y de las posibles propuestas de atención, de curación o de intervención comunitaria, se encuentra el mismo intento de modernización de un hombre cuya subjetividad está ahora constituida de otra forma. Es decir, la psicología no sólo no ha cuestionado seriamente su papel de técnica de autogobierno y, por ende, su entramado en las relaciones de poder, sino que tampoco se ha interrogado por la validez de la concepción de sujeto con la que, generalmente sin darse cuenta, sus profesionales siguen operando.

Un interrogante actual por el lugar de la subjetividad en el discurso contemporáneo sobre el hombre aparece de inmediato: ¿Cuál es el estatuto conceptual de la subjetividad en estos días? Pero, por supuesto, otra preocupación sale al paso: ¿De qué se habla en la contemporaneidad cuando se habla de sujeto o de subjetividad?

Numerosos autores señalan que la contemporaneidad, también denominada posmodernidad, se caracteriza por la modificación de los valores que configurarían las modalidades de la subjetivación de la modernidad, según Foucault.

Vattimo (2003), por ejemplo, sostiene que en algún aspecto esencial la modernidad ha concluido. Para él, hay un cambio fundamental en el modo de concepción de la historia en nuestra época respecto de la modernidad: desaparece la posibilidad de hablar de la historia como entidad unitaria. Puede decirse que en nuestros días hay una pérdida de la claridad en los límites entre racional e irracional, otrora tan marcados:

En el período de modernidad tardía en el que vivimos, el sistema cultural de nuestras sociedades, situadas bajo la influencia del específico modelo de racionalización socio-cultural occidental, presenta una constelación de significaciones morales, técnicas, políticas, religiosas y artísticas, que está influenciada por el proceso histórico-social denominado por Weber “desencantamiento del mundo” (*entzauberung der welt*), y por Friedrich Nietzsche “*el crepúsculo de los dioses*” (*Götterdämmerung*). Este acontecimiento representa un logro cognoscitivo de carácter procedimental – arquetípico a través del cual los límites o fronteras de lo que puede ser llamado “racional”/ “irracional” son definidos de una manera nueva (Beriaín, 2003, p. 131).

Se promueven insistentemente ideales concernientes al sujeto moderno en una época en la que es lícito suponer que estos se han modificado. Por supuesto, de lo que se trata es de un problema en la comprensión del sujeto de nuestros días. Un interrogante por las consecuencias que los cambios de los días contemporáneos han introducido en las formas de subjetivación, es decir, una pregunta por el sujeto contemporáneo.

Pastor (2009) muestra que Foucault hace en su obra una genealogía del sujeto psicológico. Señala que en *Historia de la locura* Foucault estudia cómo se construye el sujeto psicológico a través de saberes sobre el hombre (psicología y psiquiatría), ejercicios de poder (institucional y normalizador) y tecnologías de subjetivación (examen, confesión y culpabilización moral). En *Las palabras y las cosas*, Foucault “demuele” el sujeto trascendental y transhistórico; tras la muerte de Dios, promulgada por Nietzsche, Foucault anuncia la muerte del hombre y del sujeto. Ahora bien, decir que el sujeto ha muerto quiere decir que ha muerto como un *a priori* cuya conformación pueda sustraerse del en-

torno histórico; el sujeto no es una entidad constituida que pueda analizarse en el telescopio de la individualidad. Ese comentario de Pastor, permite afirmar que los cambios que acaecen en la historia necesariamente son cambios que acontecen en la subjetivación, lo cual ya se ha insistido en esta revisión. Pero, además, se trata de un concepto paradójico, pues una vez se ha hecho recurso de la individualidad para su definición, se echa de menos la situación histórica; pero, una vez se ha puesto el énfasis en lo social, se entiende que la individualidad es su fundamento. Lo subjetivo se ha entendido como lo más individual del hombre, la mismidad, la identidad absoluta; Foucault nos lleva a pensar en una subjetivación en la que lo íntimo y lo ajeno, lo interno y lo externo, lo propio y lo público borran sus límites; paradoja conceptual que, de entrada, obliga a pensar en categorías que violentan el comprender usual de la mente humana.

Pastor sigue mostrando cómo en la obra de Foucault hay una evolución conceptual de sujeto. En *Vigilar y castigar* Foucault renueva su interés por el sujeto, en tanto persona que se encuentra en estado de sujeción, y plantea una genealogía del individuo de la modernidad; un producto del liberalismo económico: un sujeto que es individualizado y sometido, dócil y sumiso, inofensivo, rentable y productivo. Todo ello enmarcado en una sociedad capitalista que tenía gran necesidad de mano de obra. *La Voluntad de saber* muestra la experiencia moderna de la sexualidad. Este tópico interesa a Foucault porque es una especie de cruce de caminos en el que confluyen sus tres grandes interrogantes: el saber, el poder y la subjetividad.

Este giro interroga directamente a la psicología y su relación con la moral moderna:

(...) surge de una reelaboración del discurso teológico-moral de la confesión y la guía espiritual, mostrando, como diría el propio autor, batas blancas sustituyendo a las sotanas negras. Y es que del confesionario al diván hay muchos siglos de distancia pero un corto trayecto, pues el psicoanálisis se desarrolla sobre viejas formas de saber-poder como la "indagación" de la verdad oculta a través de una detallada "verbalización" que el terapeuta "interpreta" en términos patológicos y no morales como el sacerdote (Pastor, 2009, p. 630).

Tanto la concepción que la psicología tiene del individuo, como las técnicas que utiliza para su estudio y curación están fundamentadas en la subjetividad moderna, en las que la identidad de la modernidad viene a configurarse. En la consulta terapéutica, el yo se confiesa, se vigila y se interpreta; saca a la luz sus secretos ocultos. Pero, además, resta interrogar por los cambios que en la constitución subjetiva puedan arrojar las modificaciones introducidas por la contemporaneidad en estos discursos. Una pregunta que se formula doblemente porque no sólo se interroga por la manera en la que esos discursos toman al hombre, sino por el modo en el que estos discursos ayudan a construir un cierto tipo de hombre.

Estas tecnologías del yo (tecnologías del saber-poder-subjetivación) acabarán formando nuestra conciencia, nuestra subjetividad, nuestra interioridad psicológica y nuestra individualidad, y serán definidas por los psicólogos como “tecnologías psi” encaminadas ya no a la salvación, sino a tópicos como la salud o el bienestar psicológico (2009, p. 631).

En efecto, para Foucault, los diferentes modos en los que los seres humanos somos transformados en sujetos son el eje central de toda su obra. Él distingue tres:

El primero es el modo en el que el sujeto mismo se toma como objeto de la ciencia. Por ejemplo, el sujeto, en tanto hablante, es tomado en la gramática, la filología y la lingüística en general; el sujeto productivo es objetivado en el análisis de la riqueza y la economía, el sujeto, en tanto ser vivo es tomado por la biología. El segundo, son modos de objetivación que Foucault nombra “prácticas divisorias”. El sujeto se ve dividido, tanto en su “mismidad” como la de los otros. El sujeto es dividido, separado, entre el loco y el cuerdo, el enfermo y el sano, los criminales y los buenos, etc. Finalmente, Foucault estudia, y según él es a lo que le dedica sus últimos trabajos (Foucault 1983), los modos en los que los seres humanos se transforman a sí mismos en sujetos. Por ejemplo, en torno a la sexualidad, las maneras en las que los hombres han aprendido a reconocerse a sí mismos como sujetos de la sexualidad.

Por supuesto, del mismo modo en los que estas tres objetivaciones están implicadas en situaciones de producción y significación, están implicadas en relaciones de poder. Describir las relaciones de poder es necesario para describir las objetivaciones del sujeto.

Para hacer esa revisión, Foucault propone partir de algunas cuestiones. La primera es lo que denomina “necesidades conceptuales”; significa que, a su juicio, conceptualizar un tema de interés no debería fundarse en la teoría del objeto mismo, pues este no es el único criterio para una buena conceptualización. Para él, deben tenerse en cuenta las condiciones históricas que motivan incluso la conceptualización; una conciencia histórica de las circunstancias actuales. Es decir, para Foucault, el análisis de un fenómeno no debe hacerse de modo exclusivo a partir de una lógica conceptual en la que se tome como objeto dicho fenómeno: debe iniciarse por entender la causa que hace importante la formulación de los interrogantes que se generan en torno al mismo. Por ello, si se quiere evaluar las relaciones de poder, hay que empezar por iluminar las circunstancias que en el momento actual generan la necesidad de tal conceptualización; si se quiere hacer un análisis del sujeto, no es con una teoría del sujeto con las que debemos vérnosla, sino con las circunstancias contemporáneas que hacen que tal pregunta pueda formularse. Todo estudio histórico, requiere de un análisis del presente.

La segunda cuestión para revisar es el tipo de realidad de la que se trata. Por ejemplo, si se tratara de revisar las consecuencias excesivas de la racionalidad moderna y de sus formas de abuso en las políticas, sería más adecuado analizar tales procesos en referencia a campos que, a su vez, se refieran a experiencias fundamentales: “la locura, enfermedad, muerte, crimen, sexualidad...” (Foucault, 1983, p. 5). Para Foucault, por ejemplo, la palabra racionalidad es peligrosa, deben analizarse formas particularidades de racionalidad: racionalidades específicas. Por supuesto, la racionalidad del sujeto sería una de esas experiencias por medio de las cuales la modernidad podría analizarse.

Es interesante que cuando Foucault propone analizar las formas racionales de poder de la modernidad a través de las luchas en las que se escenifican ciertas resistencias, encuentre que las luchas que se han dado, por ejemplo la de las mujeres, las de los hijos por ser liberados del influjo de los padres, las de los enfermos mentales frente a los abusos de la psiquiatría, plantea:

Son luchas que cuestionan el status del individuo: por un lado, afirman el derecho a ser diferentes y subrayan todo lo que hace a los individuos verdaderamente individuos. Por otro lado, atacan lo que separa a los individuos entre ellos, lo que rompe los lazos con otros, lo que rompe con la vida comunitaria y fuerza al individuo a volver a sí mismo y lo ata a su propia identidad de forma constrictiva. Estas luchas no están a favor o en contra del "individuo", pero sí son luchas en contra de "el gobierno de la individualización" (Foucault, 1983, p. 6).

Esas luchas tienen la particularidad de ser libradas contra formas de saber que determinan la respuesta a la pregunta ¿quiénes somos? Son modos de resistencia a abstracciones ideológicas que ignoran la individualidad, son un rechazo a "la inquisición científica y administrativa que determina quién es uno" (Foucault, 1983, p. 7). Es una resistencia a una forma de poder, a una estrategia que emerge en la vida diaria y categoriza al individuo, lo ata a su identidad, impone una verdad sobre sí que él debe reconocer y al mismo tiempo debe hacer que otros reconozcan. Es una forma de poder que construye sujetos individuales.

Conclusiones

La línea de trabajo para la segunda cuestión introducida anteriormente, a saber, la que interroga por las formas contemporáneas de subjetivación queda esbozada por Foucault.

Primero, habrá que interrogar por las necesidades conceptuales, es decir, por las necesidades teóricas de interrogar el sujeto postmoderno. ¿Por qué se hace necesaria una aproximación al sujeto que nace en la contemporaneidad? Por supuesto, esto lleva a cuestionar las ciencias humanas mismas y el modo de aproximación al sujeto que se mantiene en pie como paradigmático.

Es necesaria una definición de los campos en los que puede llevarse un análisis adecuado del concepto. Revisar si los que Foucault trazó para la modernidad son todavía vigentes o, por el contrario, hay que llevarlos a otro lugar. Es posible que, siguiendo reflexiones ya trazadas en este texto, sea preciso interrogar por las experiencias de jugueteo identitario de los días de hoy, por las formas de socialización actuales, las experiencias de construcción estéticas del cuerpo y las modalidades de consumo.

Finalmente, pueden interrogarse por las formas de resistencia que aparecen en el registro individual y social. Movimientos como el de los indignados y los fenómenos sociales todavía en curso en Asia; los síntomas sociales de nuestros días.

Es un trabajo de actualización de Foucault en los días de hoy, es un trabajo de reescritura y deconstrucción de las ciencias que se supone operan para las subjetividades humanas, pero en su camino olvidan una mirada que integre la subjetividad con su entorno histórico. Al mismo tiempo, una mirada social en la que la subjetividad se mantenga fundamental. Michel Foucault fue el arquitecto de un camino que inició en la psicología y mantuvo al sujeto como hilo conductor. Su trabajo permitió entender la modernidad más allá del afán histórico por la ciencia y el dominio de la naturaleza. Es hora de hacer avanzar su trabajo más allá, hacia una configuración que su obra avizoró y que puede ser fundamental para oxigenar el afán de normalización de la psicología de hoy.

Referencias

- Agustín, S. (2000). *Las confesiones*. Bogotá: Esquilo.
- Beriain, J. (2003). Modernidad y sistemas de creencias. En G. E. Vattimo, *En torno a la posmodernidad* (pp. 231-137). Barcelona: Anthropos.
- Descartes, R. (1977). *Meditaciones Metafísicas*. Madrid: Alfaguara.
- Durand, M. & Barlow, D. (2001). *Psicopatología*. Madrid: Thomson.

- Foucault, M. (1957). *La Psicología de 1850 a 1950*. Recuperado de: http://www.elseminario.com.ar/biblioteca/foucault_psicologia_1850_1950.htm
- Foucault, M. (1983). Sujeto y poder. Recuperado de: <http://www.philosophia.cl/biblioteca/Foucault/EI%20sujeto%20y%20el%20poder.pdf>
- Morin, E. (1994). La noción de sujeto. En D. F. Shitman, *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad* (pp. 67-89). Buenos Aires: Paidós.
- Nietzsche, F. (2000). *El libro del Filósofo*. Madrid: Taurus.
- Pastor, J. (2009). Relevancia de Foucault para la Psicología. *Psicoihema*, 4(21), 628-632.
- Platón. (2000). *Diálogos*. Madrid: Gredos.
- Pinker, S. (2007). *El Misterio de la Conciencia*. Recuperado de <http://www.sindioses.org/escepticismo/misterioconciencia.html>.
- Scneewind, J. (2009). *La invención de la autonomía: una historia de la filosofía moral moderna*. México: Fondo de cultura económica.
- Tirapu-Ustárrroz, J., Muñoz-Céspedes, J., & Pelegrín-Valero, C. (2002). Memoria y Funciones Ejecutivas. *Revista de Neurología*, 8 (41), 673-685.
- Trull, J., & Phares, J. (2003). *Psicología Clínica*. México: Thomson.
- Vattimo, G. (2003). Posmodernidad: ¿Una sociedad transparente? En G. Vattimo, *En torno a la posmodernidad* (pp. 9-19). Barcelona: Anthropos.